

# Los paisajes de los bosques animados

IGNACIO ABELLA  
Naturalista y escritor

Recientemente el científico Wade Davis ha acuñado el término etnosfera para significar el conjunto de creencias, culturas y relaciones que el hombre ha establecido con la naturaleza. La etnosfera sería algo así como una conciencia, un «cuerpo cultural» que ha ido desarrollándose en la corteza terrestre. Tanto la película, *El bosque animado*, como el libro en el que está basada nos parecen que reflejan a la perfección esta idea, aplicada a un lugar concreto cuyo epicentro podría ser esa Fraga de Cécebre en la que operan todos los elementos de nuestra historia. Pero queremos empezar precisamente en ese punto del libro de Wenceslao Fernández Flórez que constituye su primer capítulo y que la película no ha reflejado.

Ese capítulo primero es una especie de fábula en la que los árboles hablan entre sí y un buen día son testigos de la plantación por parte de los hombres de un árbol singular. Se trata de un poste de telégrafos que todos admiran por su rectitud y hermosura y que mira por encima del hombro al resto de los árboles y arbustos. Estos permanecen acomplejados con la personalidad del nuevo vecino, hasta que al cabo de un tiempo cede su madera podrida y descubren horrorizados que en realidad estaba muerto, que siempre estuvo muerto.

Los árboles que hablan nos retrotraen a viejos mitos en los que el bosque tiene una conciencia y una voluntad propias. En la manigua cubana se dice que por la noche las viejas ceibas caminan para encontrarse y hablar de sus cosas.

El mito vasco cuenta una versión diferente de la pérdida del paraíso. Al principio, todos los seres hablaban entre sí. Los árboles, las plantas, las rocas y los animales. Todos tenían voz y se entendían. Pero había un ser, el musgo, que permanecía mudo. Los seres parlantes intentaron enseñarle a hablar: fue



Haya abatida por el viento, Murguía, Álava.

inútil, y tanto se esforzaron e insistieron que todos, excepto el hombre, perdieron finalmente la voz. Las hayas, sin embargo, continuaban viniendo a las casas para servir de leña, hasta que un día unas ramas se cruzaron en el camino de una vieja haciéndola tropezar. No pudiendo pedirle perdón por su mudez, la vieja las maldijo diciendo que sería mejor que no vinieran. Desde entonces, se dice, cuando los hombres quieren leña para calentarse, suelen tener que ir al monte a buscarla.

La historia muestra ante todo una añoranza de paraíso, entendido éste como un tiempo mítico en el que reinaba la armonía y el entendimiento. Y, como iremos viendo, conforme la racionalidad ha predominado en nuestra mentalidad, hemos perdido el pensamiento y la concepción mítica de la naturaleza, que nos aportaban la sensibilidad y la percepción poética y un sentimiento de integración, a la par que una diferente comprensión del universo, no menos exacta que la que constatamos por medio del estudio científico.

Los árboles que hablan continúan arraigados en nuestra cultura y como ejemplo, recogido ayer mismo (22 de marzo de 2005), mentaré el relato que

nos hacía un grupo de ancianos en el Santuario de la Alcobilla (Sanabria) sobre los sistemas tradicionales de curación. Interesa recalcar que las siete u ocho personas que relataban este remedio mágico-medicinal creían a pies juntillas en su efectividad. Así, para una grave enfermedad que padecen las vacas y allí llaman ranilla utilizan esta fórmula u oración que aseguran es infalible si se recita con devoción:

### **En el monte de acebra**

Tres acebras  
andan diciendo  
unas a otras:  
la vaca de Fulano,  
Dios la valga,  
Dios le ampare;  
ir por tres acebritas  
al monte cebral  
para echarla en el prado verde,  
para que sane ese animal.

Como ya habréis supuesto, acebra y cebral se refieren al acebo, que ha conservado su prestigio mítico intacto en esta zona, a juzgar por otros remedios en los que también actúa mágicamente. Podríamos hacer todo un análisis de esta evocadora letanía. Pero, en primer lugar, es importante señalar que su arcaísmo es tal que no nos extrañaría en un relato muy antiguo o en una región muy remota y distante. Y es que aún hoy y ahora coexisten dos mundos que parecen pertenecer a planetas distintos, y uno de estos mundos está a punto de devorar al otro.

Thoreau expresaba de un modo lúcido esta idea cuando afirmaba que el angloamericano puede cortar y desarraigar el bosque «pero no puede conversar con el espíritu del árbol que abate, no puede leer la poesía o la mitología que se retira ante su avance».

Se necesita, sin embargo, un profundo conocimiento de la cultura y la geografía mítica y cultural de una región para no aproximarse a su estudio con la mirada condescendiente del que anota supersticiones para almacenar

en concienzudos libros o ser archivadas en museos. Cuando un indio norteamericano dice hablar con los árboles, de ningún modo está pensando en una conversación en los términos que conocemos entre los hombres. Sin embargo, es posible aprender más de ellos, como dijera San Bernardo, que de todos los libros.

Ilustraremos con otro ejemplo esta idea. En Eulate, al pie de la Sierra de Urbasa, camino de Ekala, hay una enorme peña llamada «La peña San Andrés», cuyo origen nos refirieron: al parecer pasaba un barbaro por aquél lugar (barbaros —que no bárbaros— llaman en Navarra a los gigantes) cuando notó que le molestaba algo en el pie. Se quitó entonces la abarca diciendo: «Si paez que tengo una chinica en la abarca.» Y descalzándose, sacó la peña San Andrés, la arrojó allí mismo y continuó su camino.

Pues bien, a la racional explicación geológica sobre la presencia del enorme peñasco en el llano se superpone la razón mítica y poética, y a ésta habría de añadirse otra religiosa, que trasluce su nombre y que seguramente trató de cristianizar viejos ritos o creencias.

Quienes pretendemos leer e interpretar los signos que un paraje determinado muestra a través de su flora y fauna y todas las relaciones que se establecen con el lugar y sus moradores, aprendemos pronto que a la desoladora pérdida de los hábitats naturales y la destrucción de la vida, la diversidad, la belleza, la cultura tradicional, el patrimonio artístico e histórico, etc., se suma otra calamidad que no puede contabilizarse fácilmente y que es si cabe tan dramática como las anteriores.

Una abuela nos decía no ha muchos años en Somiedo que antiguamente había muchos encantos, pero que hoy la gente es muy pillá y los encantos se esconden. En aquel mismo lugar donde nos habían mostrado una fuente de las Xanas (las hadas) con su leyenda incluida, fuimos testigos de la destrucción de la fuente y todo su paradisíaco entorno y la pérdida del manantial por unas obras para la carretera de acceso al pueblo.

Más gráfica es la historia que recogimos en la Isla (Asturias), al pie mismo de otro manantial llamado la fuente de Cambroña, en donde un paisano nos contaba esta leyenda:

Tres segadores de la Isla fueron a trabajar a Castilla como hacían en aquellos tiempos. Los contrataron en una casa y la mujer, al saber que eran asturianos y del pueblo de la Isla, les contó que allí tenía a sus tres hijas encantadas.

Les pidió que a su regreso las desencantaran y para esto les dio tres panes de cuatro picos a cada uno.

Una vez en la Isla siguieron las instrucciones y cada uno echaba su pan al agua al tiempo que decía:

—Can Cambroña, que allí va el pan para tu Señora.

Con el primero, salió la primera desencantada montada en su caballo, con el segundo, salió otra. Pero al tercer pan la suegra le había comido uno de los picos y a causa de esto la tercera desencantada salió en un caballo cojo y tuvieron que regresar todas sin poder ser desencantadas.

Esta historia nos la contaba Emiliano Valdés el 21 de septiembre de 1998; nos aseguró que le había sido contada infinidad de veces en la Isla durante su infancia y la gente, al parecer, tenía miedo de pasar de noche por aquel lugar. Pero la leyenda termina de un modo distinto, según nos relataba el mismo Emiliano. Pues sobre la fuente Cambroña se construyó la casa que aún puede verse en aquel lugar y el pozo séptico contaminó las aguas de la fuente. Hubo una pequeña epidemia de tifus, a consecuencia de la cual murieron dos de los amos de la casa y enfermaron otras personas del pueblo. Y este extremo nos fue verificado por el hijo del médico, que por aquel entonces ejercía en la zona. «¡A quién se le ocurre construir encima de encantos!», exclamaba Emiliano y añadía que la gente creía a pies juntillas en esos encantos.

Pues bien, podríamos reconstruir la geografía mítica de una zona determinada y nos sorprendería la cantidad de encantos, cuevas de busgosos y fuentes de xanas, boleras míticas, túmulos, menhires, ermitas y puentes con leyenda, árboles sagrados, bosques venerables y lugares con historia. Pero nos sorprendería aún más comprobar en el hipotético mapa mitológico de esa comarca en cuestión cuántos de esos «encantos» han sido olvidados o destruidos.

Y es que la etnosfera, con todas sus inmensas posibilidades de uso y disfrute que otorga el conocimiento y la integración, se desvanece de un modo rapidísimo frente a la fiebre del crecimiento y el desarrollo hacia la ruina global. «¿Dónde está el matorral? Destruído. ¿Dónde está el águila? Desapareció. Termina la vida y empieza la supervivencia», acaba diciendo el manifiesto de Seattle.

Hablábamos del papel protector que han ejercido algunos mitos sobre los bosques o lugares venerados, al menos hasta el día en que la veneración ha caído en desuso. Al respecto, hay un personaje, el Basajaun, el Señor de los bosques de las leyendas vascas, que se ocupa de defender al bosque frente a los

leñadores y cazadores. En una leyenda, basajaun se encuentra a un leñador en plena faena, «destrozando hayas». «Ven conmigo a la cueva», dice el genio (a ninguno de vosotros os gustaría tener un basajaun delante diciéndoos esas cosas, os lo aseguro). Pero el leñador responde: «Espera un momento, no puedo sacar el hacha del tocón, si fueras tan amable de abrirme la raja...»

El incauto basajaun mete sus dedazos en la raja para abrirla y el leñador, rápido como un rayo, saca el hacha y sale zumbando, dejando al genio con sus dedos pillados en la madera.

El propio Fendetestas de *El bosque animado*, con el correr de los años y el paso de su historia de boca a boca, podría haberse convertido en un magnífico genio, seguramente no demasiado malévolo, pero íntimamente ligado al bosque que lo cobijaba. Igual que el alma en pena. Pero, ante todo, debéis evitar la procesión de las ánimas, la temible Güestia o Santa Compañía que recorre el paisaje nocturno. Si pese a todo no puedes zafarte y la encuentras de sopetón en medio de tu sendero, oirás que te dicen con voz descarnada: «Andad de día-aaaa que la noche es míaaaa». Se te helará la sangre, comenzarás a tiritar, y no será de frío. Pero, sobre todo, debéis evitar que el último de la lúgubre hilera, el único hombre vivo de todo el macabro séquito, os entregue su vela. Si esto sucediera, él quedaría libre de morir en paz, y el infausto desgraciado se vería obligado a seguir la comitiva por años o siglos incontables hasta hallar a otro infeliz que tome el relevo.

No quiero asustaros, pero ante todo debéis evitar la noche en el bosque, la mirada de una meiga, la mordedura de la sacavera (salamandra), el llanto del lobo, el puente del pinzón, el canto de la curuxa, la cólera de una xana...

Mi madre nos decía: si encontráis algún encanto, dejad un mechón de pelo o un poco de lana, que la lana desencanta mucho (María del Tchebro, Somiedo).

Al redescubrir los genios comarcales, no puede dejar de observarse su modernidad. Obligaban a nuestros ancestros a respetar el entorno, a ser prudentes porque sabían que no estaban solos y tenían cuentas que dar a aquellos a quienes se llamaba, y se llama todavía aquí y allí, los invisibles o los subterráneos. Hace algunos decenios vimos que en Islandia la población rechazaba la instalación de una central hidroeléctrica que pensaban que podría perjudicar al genio de la cascada... ¿Acaso la desaparición de los genios comarcales no ha provocado

catástrofes, al dejar vía libre a la presunción del hombre moderno? Bien parece que estos genios formaban parte de los elementos reguladores de la vida de nuestros abuelos y, sea como fuere, nos han legado una ley esencial: el hombre tiene que vivir en simbiosis con la naturaleza que lo rodea y tratarla como a un ser vivo. En suma, continuar venerando los *genii loci* para poder prosperar (Claude Lecoteux).

Es evidente: los genios se retiran asustados y avasallados por la religiosidad y el racionalismo fundamentalista. El bosque cada día está más desnudo y vacío. La magia se extingue a la par que la vida. Las viejas ordenanzas y modos de vida han dejado de practicarse sin que hayamos encontrado unos nuevos, acordes con los otros habitantes de este pequeño planeta. Es por ello que urge recobrar el sentimiento de pertenencia, recobrar el árbol y el bosque, volver a vivir y contar leyendas alrededor de las hogueras. Aprender a ver e interpretar y a reconstruir el paisaje desde sus mismos cimientos.

No deberíamos olvidar que en lo que respecta a la etnosfera, al igual que en lo que atañe a los bosques, con frecuencia se ha conservado aquello que aún no hemos podido conquistar, por desconocido o por lejano e inaccesible. Aquellas zonas que se conservan al amparo de nuestro proteccionismo y de las



rutas y guías turísticas. Aquellas comarcas más inaccesibles resisten aún con frecuencia el asalto final. Quedan reductos en los que la vida brilla aún con diversidad de formas y fuerza y belleza deslumbrante. Lugares en los que aún sobreviven artesanías y costumbres ancestrales. Pero incluso a estas islas llegará más temprano que tarde el «progreso».

Julio Caro Baroja recoge una antigua creencia, extendida en el País Vasco, según la cual el Juicio final sobrevendrá cuando todos los caminos sean como carreteras (caminos de carretas) y haya una carretera hasta cada caserío. Esta intuición modernizada la escuchamos en Araya en referencia a los cables. «Cuando el cielo entero esté cubierto de cables», decían en este caso.

Con todo nuestro escepticismo hacia las profecías de todo tipo y especialmente las apocalípticas, pero también hacia el actual modelo de desarrollo, estamos convencidos de que las incalculables consecuencias de nuestra ceguera medioambiental son cada vez más difíciles de remediar y, en cualquier caso, ni siquiera parece haber una verdadera voluntad más allá de las buenas palabras o intenciones.

Es tiempo de buscar nuevas fórmulas, de recrear paisajes en los que puedan verse identificados e involucrados los vecinos del lugar. De educar desde la niñez e introducir el árbol y el bosque en las escuelas. De recoger y revivir los mitos y costumbres que merecen ser revividos, especialmente aquellas costumbres tradicionales como la plantación anual de árboles, los árboles de nacimiento y tantas otras, que ejercían una función importantísima en el paisaje, conformándolo por un lado según las necesidades de sus moradores, pero también por su carácter didáctico.

Es tiempo, en fin, de volver a animar el bosque con nuestra presencia consciente y cercana. Incluso los científicos y técnicos que estudian el árbol y el bosque deberían abandonar de cuando en cuando toda búsqueda e idea preconcebida. Todo objetivo y responsabilidad para adentrarse descalzos, en silencio y soledad.

El bosque animado debe antes que nada recobrar el ánimo, el alma que lo anima para convertirse en templo, en escuela u hogar. En museo vivo y fragante, en sanatorio y lugar de encuentro. Si nuestros ancestros supieron transmitir su conocimiento y preservar el legado, deberemos hacer lo propio de un modo adecuado a los nuevos tiempos. Obviamente, los tabúes y mecanismos de antaño no sirven hoy para proteger. Probablemente sea la hora de desarrollar nuestra percepción y sensibilidad hasta entender nuestra función y



la de los árboles en el entorno y, sobre todo, el momento en que la escuela y el sistema educativo comiencen a poner los pies en la tierra para dilucidar qué es lo verdaderamente esencial para el futuro.

Ishi, el último superviviente de la tribu de los yahi, arrollada por los «sadu» (hombres blancos), decía en referencia a nuestra ignorancia destructiva: «Quizá los sadu no estén bien enseñados por sus Ancianos. Quizá hayan olvidado las enseñanzas en su largo viaje por los desiertos.»

Pues bien, para recuperar la cordura, aun antes de leer y escribir, deberíamos enseñar a nuestros hijos el valor del árbol y nuestro propio lugar en el paisaje y la Tierra. Y pese a nuestra ignorancia, deberemos aprender y enseñar a construir paisajes que hablen como antaño, parajes que cuenten historias a todo aquel que sepa leer los signos de la naturaleza. El tiempo del árbol es éste más que ningún otro, y ésta es una cuestión de pura supervivencia. Por mucho que razonablemente el futuro parezca imposible e incluso indeseable en las condiciones hacia las que caminamos, en el árbol continúa estando la respuesta, si somos capaces de entender y abordar el cambio hacia la vida.